

(¿Qué es esto?)
— Es el ruido de golpes, volutasidades a su compañero.
— ¿Qué? preguntó Milón.
— No oyes una especie de ruido sordo y continuo! Milón dijo: «¡Idiota!».
— ¡Idiota! dijo, es el rumor de los carruajes que pasan por encima de nosotros.
— No lo creo...
Y Marmoset, después de haber entregado el farol a Milón, se echó en tierra, y aplicó el oído en el suelo.
— Permaneció así un segundo, y dijo al fin levantándose:
— No creo que sea el ruido de los carruajes.
— ¿Por qué?
— No me doy bien cuenta de lo que puede ser, pero estoy casi seguro de que no es eso.
— ¿Entonces adáptate y te vencerás.
Continuaron así unos treinta pasos, más al cabo de ellos, Marmoset se detuvo otra vez.
— No parece, dijo, que el suelo va huyendo insensiblemente a medida que avanzamos?
— ¡Eso es verdad!... ¡repárese Milón, bájame por una bota!
— ¿Es justificada tu opinión.
— ¿Crees que hay sobre una rofina, ¿no es cierto?
— Sí.
— Todas las cosas que van a Tancasán, siguen de continuo una declividad más o menos grande...
— ¿Entonces, adáptate, dijo Milón.
— Pues bien, ¡pásele que ruido es eso que oímos y que he de hacer creyendo a medida que avanzamos!
— ¡Adáptate, dijo Milón.
— ¡No!... ¿qué bozalita!
— ¿Somos odiosos, y te da vergüenza...
La primera vez que habló una vez más rápida, y el ruido más estrepitoso.
Los ruidos del subterráneo. La pregunta, sin interrupción, y bien pronto interrumpida, se repitió una y otra vez, hasta un punto donde la gente formaba un cordón, y al volver por él, la luz del farol vaciló por un instante.
— ¡Idiota!... ¡Idiota!... dijo Marmoset.
— ¡Idiota!
— Un corrientito de aire.
— ¡Idiota!... dijo el farol que estaba adormido por el ruido.
— ¡Idiota! dijo Milón. Las corrientes me agitan en la columna de la luz.
— Tienes razón, pero el aire que nos anima al respirar es fresco y viene del exterior.

[illegible][illegible][illegible][illegible][illegible][illegible]